

Buenos Aires 11 de Enero 1918.

S. E. el Ministro de Relaciones Exteriores
Doctor Baltasar Brum -

Montevideo -

Estimado Señor Ministro:-

Tan luego como me enteré hoy a mediodía del contenido de la carta particular y reservada de V. E. de fecha de ayer, me puse en comunicación telefónica con el Jefe del Ceremonial de este Cancillería, diciéndole que, sin perjuicio de enviar en seguida la nota de prácticas para solicitar una audiencia del Señor Presidente de la República, le pedía iniciara desde luego la gestión a fin de no perder tiempo, pues me consta que es muy difícil en estos momentos, en que tantas preocupaciones gobiernan sobre la atención del Gobierno, obtener una audiencia del Presidente.

No me fue necesario, sin embargo, enviar la nota, pues con sorpresa mía, y tal vez mayor del mismo Jefe del Ceremonial, éste me comunicó, un cuarto de hora después, que el Señor Presidente Luján me recibiría en seguida; y a este aviso, me trasladé sin pérdida de tiempo a la Casa de Gobierno, donde fui introducido en el acto al despacho presidencial. El Señor Luján, tan amable como siempre, me manifestó que había querido recibirme cuanto antes para demostrarme que, para mí, no rigen las formalidades protocolares, agregando que esa declaración debía servirme de advertencia para

toda vez que deseara yo ir a verlo, yo fuese para tratar de asuntos de mi misión o para departar con él casualmente.

Agradezco al Señor Presidente su deferencia y, sin mas preámbulo, entré en materia, explicándole el asunto que motivaba mi visita, prestando el muy concentrada atención a los informes que V. E. me había comunicado. Interrumpiéndome si tenía yo noticia exacta sobre el origen de esos informes, le contesté que solo sabía lo que V. E. me decía; y, para demostrarle que no le ocultaba nada, le leí integramente la carta. Me dijo el Señor Eizaguirre que comprendía perfectamente que V. E. debía atribuir mucha seriedad a la procedencia de la denuncia, y que era creencia lo debía a practicar desde luego activas averiguaciones para esclarecer la verdad, contando a la vez con que V. E. las haría también por su parte, pues aun cuando él no teme el pronunciamiento de una revolución, por mas que se le hayan anunciado repetidamente, es siempre prudente estar a la mira de lo que ocurre para prevenirse contra cualquier intento, por muy desechable que sea.

En cuanto a los preparativos para un movimiento armado en la Provincia de Buenos Aires, me dijo el Señor Eizaguirre que él no se importaría a los rumores que han circulado relacionados con la

denuncia de depósitos de armas en el Departamento de
Colonia, pues conoce perfectamente a todos los elementos que
podrían actuar en una tentativa revolucionaria, y los consi-
dera completamente ineficaces. En segundo se desplazo
sobre el poderío incontestable del partido radical en
todo el país, y especialmente en la Provincia de Buenos Aires,
en la cual domina en absoluto, agregando que el prestigio
personal que él tenía cuando actuaba desde el llano,
forniendo en feque a todas las situaciones provinciales, e las
que le hubiere sido facilísimo derrocar con solo hacer una
señal, se ha acrecentado desde que asumió el poder, toma-
do confianza plena en que su situación es actualmente
inconmovible.

Y esto me lo decía con el tono y el gesto de
un convencido, afirmando que nada ni nadie podrá desviar-
lo del camino que se le trazado. En cuanto a Luxemburg,
según él, está completamente loco, recluido en el Hospital
Aleman, bajo vigilancia policial. "El pobre hombre, me
dijo, está expuesto a un ataque fatal de un momento a
otro." (Entre tanto, es voz común que Luxemburg está actual-
mente en una estancia de la Provincia de Buenos Aires, en com-
pañía de una dama que le ameniza, con sus encantos, las
tristezas de su ostracismo diplomático.)

Sería muy larga la referencia de toda mi
conversación con el Señor Presidente Snygar, durante la
cual fué el que le sentó y le prolongó hablando con

sin cesar, no sámlome entrada uno pare fúntea con
algun monosilabo su peroracion, sobre todo mientras
disertaba sobre la inconstancia de su poder y el
apausamiento de su prestigio. Se dice que se empuñaba
en transfundirme su propia convicción, tal era el terror
con que insistió sobre esos tópicos de su monosilabo.

Como sabía yo que algunos de sus ministros
esperaban en antecelas para hablar con el señor Presidente,
pedí permiso para retirarme; pero todavía me retornó por
un rato más, aceptando por pedirme transmiere a V. E. sus
muy profundos agradecimientos por los informes que por
conducto mío hebe llevado a su conocimiento, agregan-
dome que, por su parte, comunicará siempre a mi Gobierno
cualquier noticia que considere pueda interesarle.

Tan cordel y afectuosa como la acepta-
ción que me recibí' fui la despedida, a la que puso tér-
mino con pedirme que si recibiese yo confirmación o
ampliación de la noticia que le hebe llevado, me agra-
deciré se la transmiere en cualquier momento.

Creyendo haber dado debido cumplimiento
al encargo que V. E. se sirvió confiarle, me es muy
grato reiterarle las seguridades de mi distinguida con-
sideración y aprecio, repitiendome de siempre muy at.º S.

Julio A. Arce